

---

# Consulta de saldo

Julio Hubbard

I

Si huelen a humedad las Escrituras,  
si se han vuelto inaudibles, ilegibles,  
si deambula un rumor intervalado,  
que canta alguien que fuiste y se quedó  
perdido en las salinas de la sangre;  
si aquel rumor te vicia la memoria, reverbera  
y hace surgir los muertos que enterraste  
o que desenterraste en tus catástrofes;  
si el páramo en que siembras tus noticias  
se afantasma cubierto de palabras,  
rumores que repites en silencio,  
entonces qué, qué alianzas celebrar  
con nada bueno: el mundo es justamente  
eso que ves ennegrecerse por tu culpa,  
por tu propia culpa.

II

Si la palabra está perdida es por su culpa.  
Nada le costaría entrar a saco  
en la frente del bruto y reventar,  
así, de una buena vez, la estupidez  
enorme con que arropo esto que habito.

III

Uno debe oírlos, pero no aliarse con sus huesos, ellos  
rezan a la disolución, al polvo, aspiran  
a danzar esparcidos en la luz, a generar  
millonarias, brevísimas constelaciones una  
y otra vez. No pactes tus plegarias con tus huesos.

IV

Serás el espeleólogo de tu conciencia,  
prenderás la linterna de tu frente,  
te internarás en la espesura gris  
—que no te pertenece, eres minero—  
de tus sesos y de tus sucesiones,  
usarás el piolet y el sicoanálisis,  
dejarás de sentirte ensantecido  
por todo lo que invocas y equivocas:  
serás obtuso por tu propia cuenta.

V

Los muertos no regresan, se arrinconan  
perdidos en las grutas de uno mismo,  
y la memoria —eco de pasos, voces, voces  
encavernadas y lejanas—  
nos los cubre de cuarzo y de salitre.

VI

La muerte va lamiendo los orígenes,  
surge del fondo de las minas,  
poco a poco, la vemos esquilmar  
nuestros afectos, nuestra casa, la cabeza,  
puebla de espectros nuestras galerías  
y nos convierte en huéspedes de niebla,  
bajo la parda luz de su linterna.

VII

Todo sería milagroso  
si tuviéramos ojos para verlo.  
Bueno que lleguen a la noche  
los adioses, los duelos  
y ver volver el polvo al polvo.

VIII

Bueno que no amanezca el sol lloviendo  
arena y pedernales, que un instante  
acabe y surja otro, tal vez nuevo,  
también irredimible,  
y cada plop de Dios intermitente  
sea un llamado al alba de las cosas.